

Por Raul Garcia Castan

Una de las muchas cosas buenas que tiene competir en tierras de la Comunidad Valenciana, es que el insípido plato de pasta con salsa de tomate que suele servir la organización a los atletas tras la competición, se convierte aquí, como por arte de magia, en succulenta paella. Aunque antes hay que ganársela, claro; y eso, en el caso de La Volta al Terme de Fondeguilla, no es tan sencillo: 34'5 Km. y 2222 de desnivel positivo, se interponen entre el intrépido atleta y el sabroso plato.

Alfondeguilla es una pequeña población a escasos Km. de La Vall D'Uixó, población esta de grato recuerdo para mi, pues allí obtuve la primera de las victorias que me conducirían meses después a conseguir mi primera copa de España en 2006, y allí, rematando con otro triunfo, alcé la que fue mi segunda Copa de España en 2007.

Hasta el pasado sábado, toda la tierra mas allá de La Vall, era para mi tierra ignota y salvaje. Lo que no sabia es cuanto. Sobre todo de lo segundo.

Cuando el disparo de salida, rompió el silencio propio de hora tan temprana como son las seis de la mañana, no las tenía todas conmigo. Por un lado, a hora tan intempestiva no suele verse un carajo, y menos aún si, como es mi caso, eres miope. Tampoco parece la hora mas apropiada, -por razones obvias- para solucionar tal eventualidad utilizando las gafas de sol graduadas que me acompañan en cada competición. Así que los primeros pasos, fueron inciertos. Además, tampoco estaba seguro de cómo reaccionaria mi cuerpo después de la paliza de Zegama, el domingo anterior.

Tras un par de Km. por la carretera, estirando el pelotón, llegó la primera subida, en la que me vi acompañado por el Campeón valenciano Emili Selles, hasta que un rato después, me quedé solo ante el peligro, y viendo que a un ritmo cómodo, iba abriendo brecha, continué en la misma línea, sin forzar demasiado, subiendo y bajando por el abrupto terreno del termino de Alfondeguilla.

La simpatía de los voluntarios de los controles, me hacia sonreír, y casi lamentar no poder parar un poco mas y echar una parrafada, tomando una cañita de Aquarius y unas tapitas de barrita energética. Hacia la mitad de la carrera, aumenté el ritmo durante un rato, hasta que al pasar por otro control, me informaron de que sacaba bastante distancia al mas inmediato perseguidor, por lo que afloje de nuevo el paso.

Salvo los típicos arañazos, y alguna pequeña duda rápidamente resuelta sobre el camino a seguir, los Kilómetros pasaban, solitarios, y sin percance digno de mención, hasta que una piedra del camino, me

enseño que mi destino, era rodar y rodar; bueno, la primera en rodar, fue ella, al ceder al peso de mi paso; y por aquello de la inercia, mi cuerpo la siguió, yendo a parar contra unos matorrales que amortiguaron la caída. Me levanté. Nada. Dos arañazos sin importancia y ningún dolor raro. Una de tantas que a todos nos ocurren en cada carrera.

La última subida antes de la bajada final que conducía a meta, era la subida al Pipa; nombre de un pico en el que no sueles pasártelo precisamente como su nombre indica, sino todo lo contrario. Apreté de nuevo el ritmo, pues aunque sabía que mis perseguidores no debían estar cerca, no quería ninguna sorpresa final. Una de las grandes desventajas del que marcha primero en una carrera por montaña, y algo que todas las organizaciones deberían intentar paliar, es la ausencia de referencias de tus perseguidores. Evidentemente, la comunicación en el medio natural es difícil de uno a otro control, pero de alguna manera debería tratar de solucionarse esta eventualidad que tanto perjudica al primero.

Un serpenteante descenso, que por su misma sinuosa naturaleza, parecía no avanzar, me condujo al fin a las cercanías del pueblo, donde sobre una canalización de agua cubierta por cemento, encaré los últimos Km. hasta meta. A la entrada del pueblo, me esperaban unos ciclistas que, animándome, me condujeron y escoltaron con exquisita amabilidad hasta la misma línea de meta.

Antes de cruzarla, busque con la mirada a mi mujer, Natalia, para ver si podía darme a Iván, nuestra pequeña fierecilla, y hacer una entrada en meta original y amable, en homenaje a toda esa buena gente que había tenido la deferencia de aguantar el mal tiempo solo por ver la carrera, pero no estaba. Entonces me di cuenta de que le había dicho que la carrera duraría unas cuatro horas, y yo había entrado en meta en 3'h22 min., con lo que ella debía estar en casa preparándose para salir. Por fin me había ganado mi plato de paella, que disfruté unas horas después, en compañía de todos los corredores, y con un trato tan amable por parte de todos ellos, que a veces sentía no poder corresponder a tanto cariño.

“Por favor, ¿no te molesta que me haga una foto contigo? Era la pregunta que, una y otra vez, me repetían los corredores, (y algunas guapas corredoras; circunstancia que aviesamente utilicé después para embromar a Natalia). Y yo quería decirles que no era ninguna molestia; que todo lo contrario. Que eso era la parte buena de todas las horas de soledad y sufrimiento que me cuesta levantar los brazos y ser el primero en romper una cinta. Que uno corre, al fin y al cabo, por cosas como esa.